



**Benjamín Padilla**

(Pseudónimo: Kaskabel)

△▽

## **Los amigos mexicanos<sup>4</sup>**

No hay poeta más o menos greñudo y cursilón, que no haya dedicado, cuando menos un soneto, a cantar las virtudes sublimes de esas esposas mexicanas que, mientras más frecuentes son las palizas que reciben de sus cónyuges, o a medida que éstos son más mujeriegos, desobligados y parranderos, ellas se tornan más tiernas y cariñosas. Muy pocos, en cambio, se han ocupado de ensalzar, como merecen, las excelsas virtudes, la abnegación sin límites del buen amigo mexicano, capaz de todos los sacrificios, inclusive el de la propia epidermis, listo para todas las heroicidades, comenzando por los balazos, siempre que se trate de defender o de salvar al amigo de corazón.

Temo mucho ponerme romántico, que es la faz desagradable de la chocanería literaria, y por eso no intento hacer, a renglón seguido, una apología cuajada de elogios

de lo que son los verdaderos buenos amigos en esta tierra, donde los que no lo son se taladran el estómago por una copa de tequila.

Basta decir en los negros días de la adversidad, un buen amigo mexicano lo es todo: Providencia que nos cuida; mamá que nos alimenta; tónico que nos conforta, y sastre que nos viste.

Si no tiene más que una muda de ropa, el buen amigo es capaz de brindarnos los calzoncillos y quedarse con la pura camiseta sin importarles un camino que tal indumentaria esté muy poco de acuerdo con la decencia.

Éstos son los amigos de veras; los desinteresados; los que son siempre los mismos, así suban ellos hasta la cumbre o bajemos nosotros hasta la porra.

«¿Dónde están?», preguntará algún incrédulo guasón. En efecto: son muy raros, sobre todo en esta época, en que la sociedad entera se rige por aquel principio maquiavélico, síntesis de egoísmo humano, que dice: «El que tiene más saliva, traga más pinole». Pero de que los hay, los hay. El trabajo es dar con ellos.

\*\*\*

Hay otra clase, mucho más baratos y de inferior calidad, que son los que podríamos llamar amigos de conveniencia, de ocasión, de temporada.

En cuanto un individuo sube y comienza a brillar, bien sea por el poder, por el dinero, por la celebridad o por los tres capítulos, le resultan inmediatamente dos cosas: un enjambre de amigos y un montón de virtudes, gracias y cualidades que antes ni siquiera sospechaba.

Mientras fue *don nadie* ni quién le hiciera caso, ni quién se fijara en él. Pero en cuanto se encumbra, resulta de un ingenio y una gracia para platicar que encantan. Inteligente que da horror. Culto que es una barbaridad. Y, sobretodo, simpatiquísimo...

Yo he hecho esta ligera observación tratándose de petroleros. Por lo regular son trigueños, pero muy trigueños. Hay cierta analogía misteriosa entre ellos y el chapopote. Y a pesar de que están muy lejos de parecerse a Adonis, suelen exclamar los que los rodean:

«¡Ay! Es feíto... pero es tan retesimpático...!». ¡Quizá su opinión no sería lo mismo si en sus terrenos, en vez de petróleo, hubiera brotado agua salada!

Pues bien. Al parejo de las virtudes les salen los amigos. Y cada uno se disputa el honor de ser el que más lo quiere.

«¿Quién? ¿Fulano? Somos íntimos, casi hermanos».

Pero como en este maravilloso país se encumbran y se hunden ciertos hombres con una frecuencia y una gracia encantadoras, contemplamos desde el tablado de nuestra impersonalidad, un espectáculo asaz divertido. En cuanto caen esos simpatiquísimos e inteligentísimos personajes, pierden su gracia y se les acaba el talento.

La parvada de amigos se dispersa: unos de miedo y otros en busca de otro alero. Y cuando solemos encontrar a uno de aquellos que en la época de esplendor decían que eran «íntimos, casi hermanos», y le decimos a quemarropa:

«¡Pobre Fito! Tan íntimo amigo que era de usted...».

El amigo de ocasión, el convenenciero, contesta:

«Pues amigo, amigo, no. Lo conocí algo, ¿verdad? Pero no pasó de allí».

Son los amigos interesados, que explotan la amistad como una mina. Sonriendo al que tiene, halagando al que manda y volviendo sin piedad la espalda al infortunado que se hunde, sin importarles los favores que recibieron de aquellas manos pródigas y candorosas.

\*\*\*

Otro matiz de la amistad son los amigos superficiales, a quienes quizá estimamos de corazón, pero de quienes sólo nos acordamos cuando los vemos.

Fisonomías que se borran. Afectos que no dejan huella.

-11-

Amigos de banqueta o de salón a quienes saludamos con cariño, no hipócrita, sino salido de la entraña. A veces hasta los abrazamos, o cuando menos, un apretado estrechón de manos:

«¡Caramba, Peritos! Pero, ¿qué te habías hecho?».

«¡Hombre, Jimenitos...! ¡Felices los ojos!».

El abrazo de rigor, y a punto y coma, un diálogo de puras interrogaciones que indica claramente que se habían perdido de vista desde hacía muchos, muchos años.

«¡Demonio! Y te casaste, ¿o qué?».

«Sí», contesta el otro, con voz apagada. «¡Ya tengo nueve hijos! Y tú, ¿soltero todavía?».

«¡Después de enviudar dos veces!», exclama, brillándole los ojos, de algo que parece alegría.

Cuando se dicen adiós, ofreciéndose verse, aunque bien sepan que quizá no se vuelvan a encontrar, dice cada uno:

«Pobre Peritos... ¡Y yo que lo hacía muerto desde que pegó la influenza española!».

Y el otro:

«¡Ah que Jimenitos! El mismo de siempre. ¡Como un pelele de viejo y creyéndose un pollo de quince!».

¡Una hora después ni Peritos se acuerda de Jimenitos, ni a Jimenitos le importa un bledo que el pobre Peritos viva o muera!

\*\*\*

Hay amigos a quienes decimos adiós con frecuencia ¡y que no sabemos quiénes son!

Éstos son los amigos anónimos, que forman legión. Semblantes que nos son familiares; caras que vemos todos los días; timbres de voz que nos suenan en el oído como algo conocido. Muchos nos hablan por nuestro nombre. Se informan de la salud de la familia y ¡hasta nos traen recuerdos de amigos o hermanos ausentes!

Para estos amigos anónimos traemos siempre a la mano vocativos vagos, indefinidos, que suavizan un poco la plancha terrible de que nos hablen en diminutivo y nosotros ignoremos hasta su apellido.

«Mi amigo y señor... ¿qué tal?».

Si la marea del afecto sube un poco:

«¡Hola, mi querido amigo!».

Si el desconocido interlocutor se muestra muy confianzudo, le contestamos:

«¿Qué hay viejo?».

O bien:

«Mi hermano, ¿cómo te va?».

Y así salimos del aprieto, y sigue aquella amistad en estado de nebulosa ¡hasta que encontramos quien nos descifre la incógnita!

\*\*\*

No faltará quien piense que por qué no hablamos de los falsos amigos, de los prevaricadores, de los judas, de éstos que sólo acechan la ocasión para traicionar, poniendo en venta los secretos que la buena fe del amigo bueno y candoroso supo confiarles.

De éstos que hablan siempre en tono meloso y dulzón y tratan a todos con un diminutivo almibarado que se les derrite en los labios. De esos que murmuran a la espalda de todos y en cambio colman de elogios y halagos al que tienen delante...

\*\*\*

No vale la pena de amargarnos la boca. Sólo diremos que hay que desconfiar de los hombres de azúcar, de los que siempre nos llaman con un diminutivo cariñoso, de los que papachan a todo el mundo.

Para terminar, para hacer boca, queríamos dedicar unas cuantas palabras a las amigas, a esos seres que son una verdadera chulada y cuyo parentesco espiritual no se ha definido todavía.

Pero es cosa larga y peliaguda y sería abusar de la amistad seguirles dando la lata.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

